



Elaine Pagels

LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS

TRADUCCIÓN DE JORDI BELTRÁN

PAIDÓS ORIENTALIA

Elaine Pagels

LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS

Traducción de Jordi Beltrán

PAIDÓS ORIENTALIA

Los evangelios gnósticos

© 2022, Elaine Pagels

Título original: *The Gnostic Gospels*

© de la traducción, Jordi Beltran, 1982

Primera edición: febrero, 1982

De esta edición:

Diseño de portada e interiores: Departamento de Diseño
de Editorial Planeta Perú

Imagen de portada: Detalle de «El beso de Judas», ca. 1185,
Salterio de Eleanor de Aquitaine.

Revisión técnica: Yero Chuquicaña Saldaña

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Paidós

Colección: Orientalia

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704

Magdalena del Mar, Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: agosto 2022

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4404-29-0

Depósito Legal N.º 2022-04590

Impreso en LITHO MASS ARTE S. A. C.

Calle Nicolás Copérnico N.º 236, San Miguel, Lima, Perú

Lima — Perú, agosto 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

*A Elizabeth Diggs y Sharon Olds
con afectuosa amistad*

Índice

Agradecimiento	ix
Introducción	11
Capítulo 1: La controversia sobre la resurrección de Cristo: ¿Hecho histórico o simbólico?	45
Capítulo 2: «Un dios, un obispo»: La política del monoteísmo ..	79
Capítulo 3: Dios padre/Dios madre	107
Capítulo 4: La pasión de Cristo y la persecución de los cristianos	137
Capítulo 5: ¿De quién es la «iglesia verdadera»?	181
Capítulo 6: Gnosis: El conocimiento de sí mismo como conocimiento de Dios	203
Conclusión	233
Índice alfabético	247

Agradecimiento

La redacción del presente libro comenzó hace varios años al investigar la relación existente entre la política y la religión en los orígenes del cristianismo. Los cuatro primeros capítulos fueron publicados, de forma más técnica, en diversas revistas académicas (las referencias concretas preceden a las notas a pie de página correspondientes a cada capítulo).

Al preparar este volumen he utilizado generalmente las traducciones que se ofrecen en The Nag Hammadi Library, editada por James M. Robinson, toda vez que están al alcance de los lectores. En algunos casos, sin embargo, he cambiado la traducción en aras de la claridad, la consistencia o la interpretación (por ejemplo, la transcripción copta del término griego *τελειωσις* no la he traducido por «perfección» sino por «realización», palabra que me parece más exacta; en otros casos, allí donde el término copto *πρωμε* parece ser la traducción del griego *ανθρωπος*, no lo he traducido por «hombre», sino por «humanidad»). En el caso de dos textos he utilizado traducciones distintas (véase más abajo).

Estoy especialmente agradecida con aquellos colegas y amigos que han leído y criticado la totalidad del manuscrito: Peter Berger,

John Gager, Dennis Groh, Howard Kee, George MacRae, Wayne Meeks y Morton Smith. Por otros consejos y críticas, sobre todo referentes a aspectos de la introducción, estoy en deuda con Marilyn Harran, Marvin Meyer, Birger Pearson, Gilles Quispel, Richard Ogust, James M. Robinson. También doy las gracias a Bentley Layton por permitirme utilizar su traducción del *Tratado de la resurrección*, y a James Brashler permitir que utilizara su traducción del *Apocalipsis de Pedro*.

Debo también expresar mi gratitud especial a las fundaciones Rockefeller, Lita A. Hazen y Guggenheim por su apoyo, que me permitió dedicar tiempo a la preparación del libro; y a la presidente Jacqueline Mattfeld y al vicepresidente Charles Olton por dar su aprobación a que abandonase durante un año mis responsabilidades en el Barnard College. Deseo agradecer de manera especial a Lydia Bronte y Lita A. Hazen el aliento que me dieron durante todo el proyecto.

La presente versión del libro no habría podido producirse sin la magnífica labor editorial de Jason Epstein, vicepresidente y director editorial de Random House; los excelentes consejos de John Brockman; y el concienzudo trabajo de Connie Budelis y Barbara Wilson, encargadas de mecanografiar el texto y de prepararlo, respectivamente.

Finalmente, deseo agradecer a mi esposo el cariño y el aliento que me dio durante todo el proceso.

Introducción

En diciembre de 1945 un campesino árabe hizo un asombroso descubrimiento arqueológico en el Alto Egipto. Los rumores oscurecieron las circunstancias del hallazgo, quizá porque el descubrimiento fue accidental y su venta en el mercado negro fue ilegal. Durante años ni siquiera se conoció la identidad del hombre que hiciera el descubrimiento. Corría un rumor en el sentido de que se trataba de un individuo empeñado en una venganza de sangre; otro rumor afirmaba que había hecho el hallazgo cerca de la población de Naj ‘Hammadi, en la Jabal al-Tarif, una montaña en la que había más de 150 cuevas. Algunas de estas, que en principio eran naturales, habían sido labradas, pintadas y utilizadas como tumbas en tiempos de la sexta dinastía, hace unos 4300 años.

Treinta años más tarde el propio descubridor, Muhammad ‘Ali al-Samman, contó lo sucedido.¹ Poco antes de que él y sus

¹ J. M. Robinson, ed., *The Nag Hammadi Library*, Nueva York, 1977, introducción, págs. 21-22. (En lo sucesivo citada como *NHL*).

hermanos vengasen el asesinato de su padre, habían ensillado sus camellos para dirigirse a Jabal con el propósito de extraer *sabakh*, nombre de una tierra blanda que utilizaban para fertilizar sus cultivos. Al cavar alrededor de un enorme peñasco encontraron una jarra de barro que medía casi un metro de altura. Muhammad ‘Ali vaciló antes de romperla, pues temía que en su interior morase un *jinn* o espíritu. Pero, pensando que tal vez también contuviera oro, alzó su azadón, rompió la jarra en pedazos y en su interior descubrió trece papiros encuadrados en cuero. Al volver a su casa de al-Qasr, Muhammad ‘Ali arrojó los libros y las hojas de papiro sueltas sobre la paja apilada en el suelo cerca del horno. ‘Umm-Ahmad, la madre de Muhammad, reconoce que quemó muchos papiros en el horno junto con la paja que utilizaba para alimentar el fuego.

Al cabo de unas semanas, según cuenta Muhammad ‘Ali, él y sus hermanos vengaron la muerte de su padre asesinando a Ahmed Ismael. Su madre les había dicho que tuvieran los azadones bien afilados: cuando se enteraron de que el enemigo de su padre rondaba por las inmediaciones, los hermanos aprovecharon la oportunidad, «le cortaron las extremidades... le arrancaron el corazón y entre todos lo devoraron, como acto final de su venganza de sangre».²

Temiendo que la policía, al investigar el asesinato, registrase su casa y diera con los libros, Muhammad ‘Ali pidió al sacerdote al-Qummus Basiliyus Abd al-Masih que le guardase uno o más de ellos. Durante los días en que Muhammad ‘Ali y sus hermanos fueron interrogados por los investigadores, Raghib, un maestro de historia de la localidad, había visto uno de los libros y empezaba a sospechar que podía ser valioso. Habiendo recibido uno de

2 NHL, pág. 22.

al-Qummuṣ Basiliyus, Raghib se lo envió a un amigo de El Cairo para que tasara su valor.

Los manuscritos, que fueron vendidos en el mercado negro a través de los comerciantes de antigüedades, no tardaron en atraer la atención de funcionarios del gobierno egipcio. En circunstancias que, como veremos, revistieron gran dramatismo, los funcionarios compraron un manuscrito y confiscaron diez libros encuadernados en piel y la mitad de otro de los trece que existían. Estos libros, llamados «códices», fueron depositados en el Museo Copto de El Cairo. No obstante, gran parte del código XIII, que contenía cinco textos extraordinarios, fue sacado clandestinamente de Egipto y puesto en venta en América. La noticia de la existencia de dicho código no tardó en llegar al profesor Gilles Quispel, distinguido historiador de la religión en Utrecht, en los Países Bajos. Entusiasmado por el descubrimiento, Quispel pidió a la Fundación Jung de Zurich que comprase el código. Una vez hubo conseguido sus propósitos, descubrió que faltaban algunas páginas, por lo que en la primavera de 1955 voló a Egipto con la intención de buscarlas en el Museo Copto. Al llegar a El Cairo se presentó inmediatamente en el museo, pidió que le prestasen fotografías de algunos de los textos y regresó apresuradamente a su hotel para descifrarlas. Al descifrar la primera línea, Quispel se sobresaltó y luego, sin apenas dar crédito a sus ojos, leyó: «Estas son las palabras secretas que Jesús vivo pronunció y que el mellizo, Judas Tomás, anotó».³ Quispel sabía que su colega H.-Ch. Puech, utilizando las notas de otro estudioso francés, Jean Doresse, había identificado las primeras líneas con fragmentos de un *Evangelio de Tomás* griego descubierto en la década de 1890. Pero el descubrimiento del texto completo planteó

3 *Evangelio de Tomás*, 32, 10-11, en *NHL*, pág. 118.

nuevas dudas: ¿Tenía Jesús un hermano gemelo como daba a entender este texto? ¿Podía ser el texto una crónica auténtica de las palabras de Jesús? A juzgar por el título, contenía el *Evangelio según Tomás*; sin embargo, a diferencia de los evangelios del Nuevo Testamento, este texto se identificaba a sí mismo como un evangelio. Quispel descubrió también que contenía gran número de dichos que eran conocidos gracias al Nuevo Testamento; pero tales dichos, al parecer en contextos poco conocidos, sugerían significados distintos. Quispel comprobó que otros pasajes se apartaban completamente de todas las tradiciones cristianas que se conocían: el «Jesús vivo», por ejemplo, habla de una forma tan críptica y convincente como los *koans* de la religión Zen: «Jesús dijo: “Si sacas lo que hay dentro de ti, lo que saques te salvará. Si no sacas lo que hay dentro de ti, lo que no saques te destruirá”». ⁴ Lo que Quispel tenía en las manos, el *Evangelio de Tomás*, era solo uno de los cincuenta y dos textos descubiertos en Nag Hammadi (habitual transcripción inglesa del nombre de la población). Encuadrado en el mismo volumen se encuentra el *Evangelio de Felipe*, que atribuye a Jesús actos y dichos totalmente distintos de los que aparecen en el Nuevo Testamento: «la compañera del [Salvador es] María Magdalena. [Pero Cristo la amaba] más que [a todos] los discípulos, y solía besarla [a menudo] en la [boca]. El resto de [los discípulos se sentía ofendido]... Le decían: “¿Por qué la amas más que a todos nosotros?”. El Salvador contestó diciéndoles: “¿Por qué no os quiero como [la quiero] a ella?”. ⁵ Otros dichos de esta colección critican las creencias comunes de los cristianos, tales como el nacimiento virgen o la resurrección del cuerpo, tachándolas de ingenuos errores de interpretación.

4 *Ibíd.*, 43, 29-33, en *NHL*, pág. 126.

5 *Evangelio de Felipe*, 62, 32-64, 5 *NHL*, pág. 138.

Encuadernado junto con estos evangelios está el *Apocrifón* (literalmente: «libro secreto») de Juan, que comienza ofreciéndose a revelar «los misterios [y las] cosas escondidas en el silencio» que Jesús enseñó a su discípulo Juan.⁶

Más adelante Muhammad ‘Ali reconoció que algunos de los textos se habían perdido: los habían quemado o tirado. Pero lo que queda es asombroso: unos cincuenta y dos textos de los primeros siglos de la era cristiana, incluyendo una colección de evangelios cristianos primitivos, desconocidos anteriormente. Además del *Evangelio de Tomás* y el *Evangelio de Felipe*, el hallazgo incluía el *Evangelio de la verdad* y el *Evangelio de los egipcios*, que se identificaba como «el [libro sagrado] del Gran [Espíritu] Invisible».⁷ Otro grupo de textos lo forman escritos atribuidos a los seguidores de Jesús, tales como el *Libro secreto de Jaime*, el *Apocalipsis de Pablo*, la *Carta de Pedro a Felipe* y el *Apocalipsis de Pedro*.

Pronto se vio claramente que lo que Muhammad ‘Ali descubrió en Nag Hammadi eran traducciones coptas, hechas hace unos 1500 años, de manuscritos aún más antiguos. Los originales los habían escrito en griego, la lengua del Nuevo Testamento: tal como habían reconocido Doresse, Puech y Quispel, parte de uno de dichos originales fue descubierto por arqueólogos unos cincuenta años antes, cuando encontraron unos cuantos fragmentos de la versión original griega del *Evangelio de Tomás*.⁸

6 *Apocrifón de Juan*, 1, 2-3, en *NHL*, pág. 99.

7 *Evangelio de los egipcios*, 40, 12-13, en *NHL*, pág. 195.

8 Véase discusión a cargo de W. Schneemelcher, en E. Hennecke y W. Schneemelcher, eds., *New Testament Apocrypha* (trad. de *Neutestamentliche Apocryphen*), Filadelfia, 1963, I, págs. 97-113. (En lo sucesivo citado como *NT Apocrypha*). J. A. Fitzmyer, «The Oxyrhynchus Logoi of Jesus and the Coptic Gospel According to Thomas», en *Essays on the Semitic Background of the New Testament*, Missoula, 1974, págs. 355-433.

Acerca de la datación de los manuscritos pocas dudas hay. El examen del papiro datable que se utilizó para dar espesor a las encuadernaciones en cuero, así como de la escritura copta, los sitúa en 300-400 d. C., aproximadamente.⁹ Sin embargo, los estudiosos discrepan notablemente en torno a la datación de los textos originales. Algunos de ellos no pueden ser posteriores a 120-150 d. C., aproximadamente, ya que Ireneo, el obispo ortodoxo de Lyon, escribiendo hacia 180, declara que los herejes «se jactan de poseer más evangelios de los que realmente existen»¹⁰ y se queja de que en su tiempo tales escritos ya han ganado una gran circulación: de la Galia a Roma, Grecia y el Asia Menor.

Quispel y sus colaboradores, que fueron los primeros en publicar el *Evangelio de Tomás*, sugirieron que el original databa de 140 d. C., aproximadamente.¹¹ Algunos hicieron el razonamiento de que, dado que estos evangelios eran heréticos, por fuerza tenían que haberse escrito en una fecha posterior a los evangelios del Nuevo Testamento, que datan de 60-110, aproximadamente. Sin embargo, el profesor Helmut Koester de la Universidad de Harvard recientemente ha sugerido que la colección de dichos que se encuentra en el *Evangelio de Tomás*, aunque recopilado en 140, aproximadamente, puede que incluya algunas tradiciones aún *más antiguas* que los evangelios del Nuevo Testamento, «posiblemente de fecha tan temprana como la segunda mitad del siglo I» (50-100); es decir, tanto o más antiguas que los evangelios de Marcos, Mateo, Lucas y Juan.¹²

9 Robinson, introducción, en *NHL*, págs. 13-18.

10 Ireneo, *Libros quinque adversus haereses*, III, 11, 9. (En lo sucesivo citado como *Adversus haereses*).

11 M. Malanine, H.-Ch. Puech, G. Quispel, W. Till, R. McL. Wilson, *Evangelium veritatis*, Zurich-Stuttgart, 1961, introducción.

12 H. Koester, introducción al *Evangelio de Tomás*, en *NHL*, pág. 117.

Los estudiosos que investigaban los hallazgos hechos en Nag Hammadi descubrieron que algunos de los textos cuentan el origen de la raza humana en términos muy distintos de la acostumbrada lectura del Génesis: el *Testimonio de la verdad*, por ejemplo, narra la historia del Jardín del Edén ¡desde el punto de vista de la serpiente! Aquí la serpiente, que, como se sabe desde hace mucho, aparece en la literatura gnóstica como el principio de la sabiduría divina, convence a Adán y Eva para que participen del conocimiento, mientras que «el Señor» los amenaza con la muerte, tratando celosamente de impedir que alcancen el conocimiento y expulsándolos del Paraíso cuando lo alcanzan.¹³ Otro texto, que lleva el misterioso título de *Truena, mente perfecta*, ofrece un poema extraordinario pronunciado por la voz de un poder divino femenino:

Porque yo soy el principio y el fin.
Soy la honrada y la escarnecida.
Soy la puta y la santa.
Soy la esposa y la virgen...
Soy la estéril, y muchos son sus hijos...
Soy el silencio que es incomprensible...
Soy la pronunciación de mi nombre.¹⁴

Así pues, estos textos diversos van de los evangelios secretos, poemas y descripciones casi filosóficas del origen del universo, a los mitos, la magia y las instrucciones para las prácticas místicas.

¿Por qué fueron enterrados estos textos y por qué han permanecido virtualmente ignorados durante casi 2000 años? Resulta

13 *Testimonio de la verdad*, 45, 23-48, 18, en *NHL*, págs. 411-412.

14 *Truena, mente perfecta*, 13, 16-14, 15, en *NHL*, págs. 271-272.

que su supresión como documentos prohibidos y su enterramiento en la montaña de Nag Hammadi fueron parte de una lucha crítica para la formación del cristianismo primitivo. Los textos de Nag Hammadi, y otros como ellos que circulaban en los comienzos de la era cristiana, fueron denunciados como heréticos por los cristianos ortodoxos en la mitad del siglo II. Sabemos desde hace tiempo que muchos de los primeros seguidores de Cristo fueron condenados por otros cristianos, que los consideraban herejes. Sin embargo, casi todo lo que sabíamos de ellos procedía de lo que sus oponentes habían escrito para atacarles. El obispo Ireneo, que regentaba la iglesia de Lyon hacia 180, escribió cinco volúmenes titulados *Refutación y derrocamiento de la falsamente llamada gnosis* (comúnmente conocidos como *Adversus haereses*), que empiezan con su promesa de «exponer los puntos de vista de aquellos que están enseñando la herejía... para demostrar qué absurdas y contrarias a la verdad son sus afirmaciones... Hago esto para que... podáis instar a todos aquellos con quienes estéis relacionados a evitar semejante abismo de locura y de blasfemia contra Cristo».¹⁵ Ireneo denuncia, diciendo que está especialmente «lleno de blasfemia», un famoso evangelio titulado el *Evangelio de la verdad*.¹⁶ ¿Se refiere Ireneo al mismo *Evangelio de la verdad* descubierto en Nag Hammadi? Quispel y sus colaboradores, que fueron los primeros en publicar el *Evangelio de la verdad*, arguyeron que así era; uno de sus críticos afirma que la primera línea (que comienza con las palabras «El evangelio de la verdad») no es un título.¹⁷ Pero Ireneo utiliza la misma fuente de, por lo menos, uno de los textos descubiertos en Nag Hammadi —el *Apócrifon*

15 Ireneo, *Adversus haereses*, «Praefatio».

16 *Ibid.*, III, 11, 9.

17 H. M. Schenke, *Die Herkunft des sogenannten Evangelium Veritatis*, Berlín, 1958; Gotinga, 1959.

de Juan— como munición para su propio ataque contra semejante «herejía». Cincuenta años después, Hipólito, un maestro de Roma, escribió otra voluminosa *Refutación de todas las herejías* para «denunciar y refutar la perversa blasfemia de los herejes».¹⁸

Esta campaña contra la herejía entrañaba un reconocimiento involuntario del poder de persuasión de la misma; a pesar de ello, los obispos triunfaron. Para la época de la conversión del emperador Constantino, momento en que el cristianismo se convirtió en una religión aprobada oficialmente, en el siglo IV, los obispos cristianos, hasta entonces perseguidos por el poder estatal, pasaron a ser los amos de este. La posesión de libros denunciados como heréticos se convirtió en un delito. Los ejemplares de tales libros eran quemados y destruidos. Pero en el Alto Egipto alguien, posiblemente un monje de algún monasterio cercano de San Pacomio,¹⁹ tomó los libros prohibidos y, para evitar su destrucción, los ocultó en la jarra que permaneció enterrada durante casi 1600 años.

Pero los que escribieron e hicieron circular estos textos no se consideraban *a sí mismos* como «herejes». La mayoría de los escritos utilizan una terminología cristiana, claramente relacionada con una herencia judía. Muchos afirman ofrecer tradiciones secretas acerca de Jesús, unas tradiciones ocultas a ojos de «los muchos» que constituyen lo que, en el siglo II, dio en llamarse la «iglesia católica». Actualmente a estos cristianos se les llama «gnósticos», del griego *gnosis*, palabra que suele traducirse por «conocimiento». Porque del mismo modo que a aquellos que dicen no conocer nada sobre la realidad última se les denomina «agnósticos» (literalmente: «que no conocen»), a la persona que sí

18 Hipólito, *Refutationis omnium haeresium*, I.

19 Véase F. Wisse, «Gnosticism and Early Monasticism in Egypt», en *Gnosis: Festschrift für Hans Jonas*, ed. B. Aland, Gotinga, 1978, págs. 431-440.

afirma conocer tales cosas se la llama «gnóstica» («conocedora»). Pero *gnosis* no significa principalmente conocimiento racional. La lengua griega establece una distinción entre el conocimiento científico o reflexivo («él conoce o sabe matemáticas») y el conocimiento a través de la observación o la experiencia («él me conoce»), que es la *gnosis*. Tal como la utilizan los gnósticos, podríamos traducirla por «intuición», porque *gnosis* entraña un proceso intuitivo de conocerse a uno mismo. Y conocerse a uno mismo, decían ellos, es conocer la naturaleza y el destino humano. Según el maestro gnóstico Teodoro, que escribía en Asia Menor hacia 140-160, el gnóstico es aquel que ha llegado a entender «quiénes éramos y en qué nos hemos convertido; dónde estábamos... hacia dónde nos apresuramos; de qué se nos está librando; qué es el nacimiento y qué es el renacimiento».²⁰ Sin embargo, conocerse a uno mismo, en el nivel más profundo, es al mismo tiempo conocer a Dios; este es el secreto de la *gnosis*. Otro maestro gnóstico, Monoimo, dice:

Abandonad la búsqueda de Dios y la creación y otros asuntos de parecida índole. Buscadle tomándoos a vosotros mismos como punto de partida. Averiguad quién hay dentro de vosotros que se adueña de todo y dice: «mi Dios, mi mente, mi pensamiento, mi alma, mi cuerpo». Averiguad las fuentes del pesar, del gozo, del amor, del odio... Si investigáis cuidadosamente estas cuestiones, le encontraréis *en vosotros mismos*.²¹

Lo que Muhammad ‘Ali descubrió en Nag Hammadi es, al parecer, una biblioteca de escritos, casi todos ellos gnósticos. Aunque

20 Teodoto, citado en Clemente de Alejandría, *Excerpta ex Theodoto*, 78, 2.

21 Hipólito, *Refutations omnium haeresium*, VIII, 15, 1-2. (Cursiva de la autora).

dicen ofrecer enseñanzas secretas, muchos de estos textos se refieren a las escrituras del Antiguo Testamento y los otros a las cartas de Pablo y a los evangelios del Nuevo Testamento. Muchos de ellos incluyen a las mismas *dramatis personae* que aparecen en el Nuevo Testamento: Jesús y sus discípulos. A pesar de ello, las diferencias son notables.

Los judíos ortodoxos y los cristianos insisten en que un abismo separa a la humanidad de su creador: Dios es enteramente otro. Pero algunos de los gnósticos que escribieron estos evangelios contradicen esto: el autoconocimiento es conocimiento de Dios; el yo y lo divino son idénticos.

En segundo lugar, el «Jesús vivo» de estos textos habla de ilusión y de iluminación, no de pecado y arrepentimiento, como el Jesús del Nuevo Testamento. En lugar de venir a salvarnos del pecado, viene como guía para abrir el acceso a la comprensión espiritual. Pero cuando el discípulo recibe la iluminación, Jesús deja de ser su amo espiritual: los dos se han vuelto iguales, incluso idénticos.

En tercer lugar, los cristianos ortodoxos creen que Jesús es el Señor y el Hijo de Dios de una manera única: permanece para siempre distinto del resto de la humanidad a la que vino a salvar. Sin embargo, el *Evangelio de Tomás* de los gnósticos relata que tan pronto como Tomás le reconoce, Jesús le dice que ambos han recibido su ser de la misma fuente: «Jesús dijo: “Yo no soy tu amo. Porque has bebido, te has emborrachado del arroyo burbujeante que yo he medido... Aquel que beba de mi boca se volverá como yo: yo mismo me volveré él y las cosas que están escondidas le serán reveladas”».²²

22 *Evangelio de Tomás*, 35, 4-7 y 50, 28-30, unidos, en *NHL*, págs. 119 y 129.

Esta enseñanza —la identidad de lo divino y lo humano, la preocupación por la ilusión y la iluminación, el fundador que se nos presenta no como Señor, sino como guía espiritual—, ¿no parece más oriental que occidental? Algunos estudiosos han sugerido que, si se cambiasen los nombres, el «Buda vivo» podría decir con propiedad lo que el *Evangelio de Tomás* atribuye al Jesús vivo. ¿Pudo la tradición hindú o budista influir en el gnosticismo?

Edward Conze, el estudioso británico del budismo, sugiere que sí. Señala que «los budistas estuvieron en contacto con los cristianos de Tomás (es decir, los cristianos que conocían y utilizaban escritos como el *Evangelio de Tomás*) en el sur de la India».²³ Las rutas comerciales entre el mundo grecorromano y el Lejano Oriente se estaban abriendo en la época en que florecía el gnosticismo (80-200 d. C.); durante generaciones los misioneros budistas habían estado haciendo labor de proselitismo en Alejandría. Observamos también que Hipólito, que era un cristiano de Roma (h. 225) que hablaba griego, sabe de los brahmanes indios e incluye la tradición de los mismos entre las fuentes de la herejía:

Hay... entre los indios una herejía de aquellos que filosofan entre los brahmanes, los cuales viven una vida autosuficiente, absteniéndose de (comer) criaturas vivas y cualquier clase de alimentos cocinados... Dicen que Dios es luz, no como la luz que uno ve, tampoco como el sol o el fuego, sino que para ellos Dios es discurso, no aquel que encuentra expresión en sonidos articulados, sino aquel del conocimiento (*gnosis*) a través del cual los misterios secretos de la naturaleza son percibidos por los sabios.²⁴

23 E. Conze, «Buddhism and Gnosis», en *Le origini dello gnosticismo: Colloquio di Messina, 13-18 Aprile 1966*, Leiden, 1967, pág. 665.

24 Hipólito, *Refutationis omnium haeresium*, I, 24.

¿Cabe encontrar en el título de *Evangelio de Tomás* —llamado así por el discípulo que, según nos cuenta la tradición, se fue a la India— la influencia de la tradición india?

Estas insinuaciones indican la posibilidad de que así fuese, pero no disponemos de pruebas concluyentes. Dado que es posible que en épocas distintas surjan tradiciones paralelas en culturas diferentes, puede que tales ideas se desarrollaran de forma independiente en ambos lugares.²⁵ Lo que denominamos religiones orientales y occidentales, y tendemos a considerar como corrientes separadas, no estaban claramente diferenciadas hace 2000 años. La investigación de los textos de Nag Hammadi no ha hecho más que empezar: esperamos con interés los trabajos de los eruditos que puedan hacer un estudio comparativo de estas tradiciones para descubrir si es posible encontrar fuentes indias de las mismas.

Aun así, ideas que asociamos con las religiones orientales surgieron en el siglo I a través del movimiento gnóstico en Occidente, pero fueron suprimidas y condenadas por polemistas como Ireneo. Sin embargo, aquellos que calificaron el gnosticismo de herejía adoptaban, consciente o inconscientemente, el punto de vista de aquel grupo de cristianos que se autodenominaban ortodoxos. Un hereje puede ser cualquier persona cuyo punto de vista no guste a otra o que otra persona denuncie. Según la tradición, un hereje es quien se desvía de la fe verdadera. Pero, ¿qué define a la «fe verdadera»? ¿Quién la llama así y por qué motivos?

Este problema nos resulta familiar por experiencia propia. El término «cristianismo», especialmente desde la Reforma, ha amparado a una asombrosa gama de grupos. Aquellos que, en el siglo XX, afirman representar al «verdadero cristianismo», pue-

25 Conze, «Buddhism and Gnosis», en *op. cit.*, págs. 665-666.

den ir de un cardenal católico del Vaticano a un metodista africano, pasando por un predicador episcopal que inicie un *revival* en Detroit, pasando por un misionero mormón en Tailandia o el miembro de una iglesia pueblerina en la costa de Grecia. Sin embargo, católicos, protestantes y ortodoxos están de acuerdo en que semejante diversidad es un fenómeno reciente... y deplorable. Según la leyenda cristiana, la iglesia primitiva era diferente. Los cristianos de todas las denominaciones vuelven la vista hacia la iglesia primitiva para encontrar una forma más sencilla, más pura de la fe cristiana. En tiempos de los apóstoles todos los miembros de la comunidad cristiana compartían su dinero y sus bienes; todos creían en las mismas enseñanzas y adoraban juntos; todos respetaban la autoridad de los apóstoles. No fue hasta después de aquella edad de oro que aparecieron los conflictos y luego la herejía: así lo dice el autor de los *Hechos de los Apóstoles*, que se identifica a sí mismo como el primer historiador del cristianismo.

Pero los descubrimientos de Nag Hammadi han alterado este panorama. Si admitimos que algunos de estos cincuenta y dos textos representan formas primitivas de las enseñanzas cristianas, puede que tengamos que reconocer que el cristianismo primitivo es mucho más diverso de lo que se creía antes de que se llevasen a cabo los citados descubrimientos.²⁶

Aunque nos parezca diverso y complejo, es posible que, en realidad, el cristianismo contemporáneo muestre una unanimidad mayor que la de las iglesias cristianas de los siglos I y II. Porque casi todos los cristianos desde aquella época, católicos,

26 Un estudioso que, antes incluso del hallazgo de Nag Hammadi, sí sospechaba tal diversidad es W. Bauer, cuyo libro, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, apareció por primera vez en 1934. Fue traducido y publicado en inglés bajo el título de *Orthodoxy and Heresy in Earliest Christianity*, Filadelfia, 1971.

protestantes u ortodoxos, han compartido tres premisas básicas: 1) aceptan el canon del Nuevo Testamento; 2) confiesan el credo apostólico; y 3) afirman formas específicas de institución eclesiástica. Pero cada uno de estos elementos —el canon de las Escrituras, el credo y la estructura institucional— surgió en su forma actual solo hacia las postrimerías del siglo II. Anteriormente, como atestiguan Ireneo y otros, circulaban numerosos evangelios entre varios grupos cristianos, evangelios que iban de los del Nuevo Testamento —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— a escritos tales como el *Evangelio de Tomás*, el *Evangelio de Felipe* y el *Evangelio de la verdad*, así como otras muchas enseñanzas secretas, mitos y poemas atribuidos a Jesús o a sus discípulos. Al parecer, algunos de estos fueron descubiertos en Nag Hammadi; muchos otros se han perdido. Aquellos que se calificaban a sí mismos de cristianos creían y practicaban cosas muy diversas y radicalmente distintas. Y las comunidades esparcidas por todo el mundo conocido se organizaban de maneras muy distintas entre un grupo y otro.

No obstante, para el año 200 d. C. la situación había cambiado. El cristianismo se había convertido en una institución encabezada por una jerarquía de tres rangos —obispos, sacerdotes²⁷ y diáconos— que entendían su cometido propio como el de guardianes de la única «fe verdadera». La mayoría de las iglesias, entre las cuales la de Roma desempeñaba un papel principal, rechazaba, tachándolos de herejías, todos los otros puntos de vista. Deplorando la diversidad del movimiento primitivo, el obispo Ireneo y sus seguidores insistían en que solo podía haber una iglesia, fuera de la cual, según declaró Ireneo, «no

27 Por su mayor comprensión popular, a lo largo del libro usaremos el término «sacerdote» como equivalente al de «presbítero» original. (N. de ed.).

hay salvación».²⁸ Solamente los miembros de esta iglesia son cristianos ortodoxos (literalmente: «de pensamiento recto»). Y, también según Ireneo, esta iglesia tenía que ser *católica*, es decir, universal. Quienquiera que desafiase ese consenso, abogando en su lugar por otras formas de enseñanzas cristianas, era calificado de hereje y expulsado. Cuando los ortodoxos obtuvieron apoyo militar, tras la conversión al cristianismo del emperador Constantino en el siglo IV, el castigo de la herejía se hizo más severo.

Los esfuerzos que hizo la mayoría por destruir todo vestigio de «blasfemia» herética tuvieron tanto éxito que, hasta los descubrimientos de Nag Hammadi, casi toda nuestra información sobre formas alternativas de cristianismo primitivo procedía de los tremendos ataques que contra ellas lanzaban los ortodoxos. Aunque el gnosticismo es tal vez la primera de estas herejías —y la más amenazadora—, los eruditos conocían únicamente un puñado de textos gnósticos originales, ninguno de los cuales se había publicado antes del siglo XIX. El primero apareció en 1769, cuando un turista escocés llamado James Bruce compró un manuscrito copto cerca de Tebas (la moderna Luxor) en el Alto Egipto.²⁹ Dicho manuscrito, que no fue publicado hasta 1892, dice ser la crónica de conversaciones entre Jesús y sus discípulos, grupo que en este caso incluye tanto hombres como mujeres. En 1773 un coleccionista encontró, en una librería de Londres, un texto antiguo, también en copto, que contenía un diálogo sobre «misterios» entre Jesús y sus discípulos.³⁰ En 1896 un egiptólogo alemán, alertado por las publicaciones anteriores, compró en

28 Véase, por ejemplo, Bauer, *Orthodoxy and Heresy*, págs. 111-240.

29 Véase discusión a cargo de H.-Ch. Puech, en *NT Apocrypha*, I, pág. 259 y sigs.

30 *Ibíd.*, pág. 250 y sigs.

El Cairo un manuscrito que, con gran sorpresa por su parte, contenía el *Evangelio de María* (Magdalena) y otros tres textos. Tres ejemplares de uno de ellos, el *Apócrifon de Juan*, se hallaban incluidos también entre los escritos descubiertos en Nag Hammadi cincuenta años más tarde.³¹

Pero ¿por qué hasta ahora no se empieza a conocer por primera vez este asombroso descubrimiento hecho en Nag Hammadi? ¿Por qué no tuvimos noticias del mismo hace unos veinticinco años, como sí las tuvimos del descubrimiento de los pergaminos del Mar Muerto? El profesor Hans Jonas, eminente autoridad en el tema del gnosticismo, escribió lo siguiente en 1962:

A diferencia de los hallazgos del Mar Muerto en aquellos mismos años, el descubrimiento gnóstico de Nag Hammadi se ha visto acosado, desde el principio hasta nuestros días, por una persistente maldición de bloqueos políticos, litigios y, sobre todo, celos académicos y deseos de «ser el primero» (elemento este último que se ha convertido ya en una auténtica *chronique scandaleuse* de los medios académicos contemporáneos).³²

El acceso a los textos fue suprimido deliberadamente no solo en la antigüedad sino, por razones muy distintas, en los más de treinta años transcurridos desde el descubrimiento.³³ En primer lugar, los lugareños del Alto Egipto y los anticuarios que trataban de enriquecerse con los manuscritos los escondieron para evitar

31 *Ibid.*, pág. 244.

32 H. Jonas, *Journal of Religion*, 1961, pág. 262, citado en J. M. Robinson, «The Jung Codex: The Rise and Fall of a Monopoly», *Religious Studies Review*, III, 1 (enero, 1977), pág. 29.

33 Para una crónica más completa de los acontecimientos bosquejados brevemente aquí, véase Robinson, «The Jung Codex», *art. cit.*, págs. 17-30.

su confiscación por parte de las autoridades gubernamentales. El valor de lo encontrado se hizo evidente cuando en 1947, el egiptólogo francés Jean Doresse vio el primero de los manuscritos recuperados en el Museo Copto de El Cairo. Cuando el director del museo, Togo Mina, le pidió que lo examinara, Doresse identificó el manuscrito y anunció que aquel descubrimiento haría época en la historia de los orígenes del cristianismo. Contagiado por su entusiasmo, Mina le pidió que examinara otro manuscrito, que estaba en poder de Albert Eid, un anticuario belga de El Cairo. Después de la entrevista Mina fue a ver a Eid para decirle que jamás permitiría que el manuscrito saliera de Egipto y que debía venderse, por un precio nominal, al museo.

Pero la mayor parte de lo encontrado seguía escondido. Bahij 'Ali, un proscrito tuerto de al-Qasr, se había apoderado de muchos de los códices de Nag Hammadi y se fue a El Cairo para venderlos. Un anticuario llamado Phocion Tano se los compró todos y después se desplazó a Nag Hammadi para ver si podía encontrar más. Mientras Doresse trabajaba en El Cairo durante las incursiones aéreas y los bombardeos de 1948, con el propósito de publicar el manuscrito del códice III, el ministro de Educación inició negociaciones con Tano para comprarle su colección con destino al museo. Con el fin de impedir la intromisión del gobierno, Tano se apresuró a decir que los códices pertenecían a un tercero: una coleccionista italiana que se llamaba Dattari y vivía en El Cairo. Pero, el 10 de junio de 1949, la señorita Dattari se inquietó al leer la siguiente noticia en el periódico en lengua francesa que se editaba en El Cairo:

Está en marcha la adquisición de estos preciosos documentos por el gobierno egipcio. Según los especialistas consultados, se trata de uno de los descubrimientos más extraordinarios conservado hasta nuestros días por el suelo egipcio, superando en inte-

rés científico a descubrimientos tan espectaculares como el de la tumba de Tutankhamen.³⁴

Cuando el gobierno nacionalizó la colección en 1952, sus funcionarios reclamaron los códices, que estaban guardados en una maleta precintada. No le pagaron nada a la señorita Dattari, aunque ella pedía alrededor de 100 000 libras esterlinas. La señorita Dattari puso pleito al gobierno egipcio, con lo cual solo consiguió retrasar la investigación durante tres años, puesto que obtuvo un mandato judicial prohibiéndola. La señorita Dattari perdió el pleito.

Sin embargo, el gobierno no confiscó la parte del código I en poder de Eid. En 1949 Albert Eid, preocupado por la intervención del gobierno, voló de El Cairo a América. Incluyendo el manuscrito en una colección abundante de artículos de exportación, hizo que lo sacaran de Egipto. Lo ofreció en venta por cifras tan elevadas como 22 000 dólares, pero, en vista de que un posible comprador se negó a pagar tanto, y temiendo que el gobierno egipcio viera la venta con malos ojos, regresó desilusionado a Bélgica y guardó el manuscrito en una caja fuerte, protegido por un santo y seña secreto.

El gobierno egipcio acusó a Eid de sacar antigüedades ilegalmente, pero el belga ya había fallecido cuando finalmente fue declarado culpable. El tribunal impuso una multa de 6000 libras esterlinas a sus herederos. Mientras tanto la viuda de Eid entabló negociaciones secretas para vender el código; incluso es posible que negociara al mismo tiempo con postores distintos. El profesor Gilles Quispel, que instó a la Fundación Jung de Zurich a adquirirlo, dice que, al hacer las gestiones pertinentes en tal sentido,

34 *La Bourse Égyptienne* (10 junio, 1949), citada en Robinson, «The Jung Codex», *art. cit.*, pág. 20.

ignoraba que la exportación y la venta del manuscrito fuesen ilegales. Quispel disfruta contando la dramática historia de su hazaña:

El día 10 de mayo de 1952, un profesor de Utrecht tomó el tren para Bruselas. Sin embargo, como era un despistado, se apeó del tren en Tilburg creyendo que estaba en Roosendaal, por lo que se le escapó el tren que debía llevarlo a la capital. Pero cuando por fin se acercó al lugar donde estaba citado, un café de Bruselas, con dos horas de retraso, vio que el intermediario, un hombre de Saint-Idesbald, cerca de Coxye, en la costa belga, seguía esperándole junto al ventanal del café y amablemente le hacía señas para que se acercase. El profesor metió la mano en el bolsillo y entregó al intermediario un cheque por valor de 35 000 francos suizos. A cambio del mismo, el hombre entregó al profesor unos 50 papiros. ¿Cómo se las arregla uno para pasarlos por la frontera sin complicaciones? Uno no puede esconder fácilmente un paquete tan voluminoso. Por consiguiente, uno tiene que seguir siendo honrado y cuando el aduanero le pregunta: «¿Qué lleva usted en ese paquete?», uno se limita a decirle la verdad: «Un manuscrito antiguo». Y el aduanero hace un gesto de indiferencia total y deja que uno pase. Así es como se compró el Códice Jung.³⁵

Una vez quedó establecido quién era el propietario de los manuscritos en 1952 —doce códices y medio en el Museo Copto de El Cairo y la mayor parte del decimotercero en una caja fuerte de Zurich— los textos se convirtieron, durante los veinte años siguientes, en el foco de intensas rivalidades personales entre el grupo de estudiosos internacionales que competían entre sí para tener acceso a ellos.

35 G. Quispel, *Jung—een mens voor deze tijd*, Rotterdam, 1975, pág. 85.